

Y ya que los susurros de la brisa
 Fresca sintió, sus blancas vestiduras,
 Y los brillantes de su terso cuello,
 Y los bellos y ricos atavíos
 Se quitó, y cubriéndose de negro,
 Otra vez al jardín salió la hermosa:
 Al ver aquellos sitios que mil veces
 Oyeron de su amor el juramento,
 Al oír el murmurio de esa fuente
 Que mil veces oyera los delirios
 De su imaginación acalorada,
 Al sentir el aroma de esas flores
 Que perfumaron el amante pecho
 De Herlindo, cuando un ramo le ponía,
 Dió corriente á su llanto sin medida,
 Y sentada en el césped, anegada
 Quedó en su llanto, que mojó la tierra,
 Esperando la luz de la mañana.

CANTO TERCERO.



SILENCIO sepulcral envuelve al mundo:
 Tranquilo duerme el corazón que sabe
 Cumplir con los deberes que le impone
 El mandato inmortal de la conciencia,
 En medio de la noche que ya cede
 Otra vez su lugar al nuevo día.
 También alguna vez la virtud vela
 Porque medite grandes pensamientos
 En honra y prez de la brillante gloria,
 En honra y prez del genio ó de la patria.
 El sitiador francés su fuerza apresta,
 Y sus trenes, sus carros, sus cañones,
 Alista antes que llegue la mañana;
 Mientras el esforzado mexicano
 Del enemigo observa el movimiento;
 Y en tanto esto acontece, y transcurriendo
 Las horas, van dos jóvenes amantes,
 Por la patria también el sueño dejan:
 En una casa al lado de Occidente,
 En un vasto salón iluminado,
 Y en el que los aromas se perciben
 De mil fragantes flores que, dormidas,
 En un jarrón etrusco se conservan

De una mesa en el bruído mármol;
 En rico y elegante confidente,
 Una joven hermosa como un lirio,
 De blanca tez y undívago cabello,
 Grabando está con oro en una banda
 Las letras iniciales de su nombre.
 Junto á ella se encuentra pensativo
 Un joven de sonrisa encantadora,
 De talle esbelto y penetrantes ojos,
 De moreno color, cabello ebáneo,
 Frente espaciosa y delicados labios:
 Cinco lustros apenas contaría.
 Silenciosos estaban: de improviso
 Así le dijo el joven á la virgen:

—Veinte veces el eco del alerta,
 Del soldado que cuida la muralla
 Ha sonado, Lucila; la mañana
 Se precipita ya, cuando las nieblas
 De la alborada á disiparse empiecen,
 Tal vez el invasor dará su asalto.....
 No quisiera un momento, amada mía,
 Dejar de contemplar en tus miradas
 La señal de tu amor; de ver tus ojos,
 De escuchar esa voz pura, argentina,
 Que me hace estremecer con sus acentos.
 Pero la madre patria me lo ordena,
 Y tú así lo has querido, hermosa mía;
 Tuya es mi voluntad, cumplir yo debo,
 No sólo mi deber cual mexicano,
 Sino también tu voluntad, Lucila.

—Sí, Dalmiro, el instante venturoso
 Se acerca ya: contigo á la batalla

Quisiera concurrir, hijo del pueblo,
 Pero no lo permites; yo querría
 Arrostrar á tu lado los peligros,
 Y si la muerte fiera te arrancara
 Esa vida tan bella, yo contigo
 A la tumba bajara con orgullo,
 Porque la gloria su fulgor divino
 Nos daría, y sus lauros la victoria.
 Dalmiro, vuela á conquistar la fama:
 Yo siento aquí en el alma hondos dolores
 Porque te vas de mí, pero yo espero,
 Como mi amante corazón presente,
 Que volverás de lauros coronado,
 A estrecharme en tus brazos amorosos;
 Yo te amo, mi bien; por mí no temas,
 Que si el vil invasor entrar lograra
 Triunfante á la ciudad, antes muriera
 Que ver hollado el suelo de mis padres;
 Mejor quiero llorar en tu cadáver
 Que verte envilecido..... En esta banda
 Que para tí mis manos han tejido,
 Está mi nombre con el tuyo unido:
 Es del amor la prueba más valiosa;
 Quiero verte con ella en la batalla
 Luchando vencedor, ó verla tinta
 En tu sangre querida, mi Dalmiro,
 Cuando la bala horrisona te hiera.

Conmovido de amor al enjugarse
 Una lágrima, así dijo Dalmiro:
 —Así te quiero, encanto de mi vida;
 Ven, que mis brazos te unan á mi seno;
 Ven y moja mi seno con tu llanto.
 Si muero en la batalla, amada mía,

Tranquilo moriré, porque tú nunca
 Dejarás de llorar en mi sepulcro,
 Y nunca olvidarás nuestros amores:
 Sé que, en eterna prueba de cariño,
 Regarás en mi tumba frescas flores.—
 En tanto la doncella le ceñía.
 Terciada al pecho, la esplendente banda
 En que las armas nacionales brillan
 De laurel y de encina coronadas.
 — ¡ Adiós, Dalmiro ! dijo la doncella.
 — ¡ Adiós, Lucila ! dijóle el amante.....
 Un abrazo no más apenas pudo
 Darle, anegado en lágrimas ardientes,
 Y rápido partió; mientras Lucila
 De rodillas cayó frente á una imagen
 De la madre de Dios, vertiendo llanto,
 Y pidiéndole al Dios de las batallas
 Cuide de aquel patriota la existencia
 O dé á los dos la muerte de la gloria.
 Dalmiro en tanto á presentarse llega
 De voluntario al general en jefe,
 Que premia su ardimiento belicoso
 Nombrándole servicio en el instante.

El vigilante gallo comenzaba
 A repetir sus cantos anunciando
 Que ya las nieblas de la rubia aurora
 Se tienden en los lagos adormidos,
 Mientras las limpias gotas del rocío
 Humedecen el cáliz de las flores.

Apenas el crepúsculo asomaba
 Por el lado de Oriente, se veía
 Venir una mujer de negro traje

Dirigiéndose al centro de la plaza
 En pos del hospital: por Occidente,
 También entre las nieblas se acercaba
 Otra hermosa mujer que parecía
 El alba por las ropas candorosas
 Y el blanco velo que su sien cubría,
 Y ambas al mismo sitio se dirigen:
 Quieren de Paul con las humildes hijas
 Ir el consuelo á dar á los heridos:
 Al llegar, otra joven las recibe,
 Que también ha llegado conmovida
 Por el amor de caridad ardiente,
 A dar al moribundo los auxilios
 De la sublime religión. Elodia
 Se llama esta mujer, la trajo Orestes
 Que se pasa las horas auxiliando
 A los valientes hijos de la patria
 Y á todo aquel que su socorro invoca.
 La de las negras telas es Elena,
 La de las blancas ropas es Lucila:
 Ambas entran por fin á aquel santuario
 Donde la triste humanidad se queja,
 Mientras allá por el lejano Oriente,
 Esplendorosa y límpida aparece
 La mañana, tendiendo en las colinas,
 En los valles, los lagos y los ríos
 Blancas cortinas de ligeras nubes
 Que parece que duermen y se arrullan
 En las altas montañas de Occidente:
 Las tórtolas quejosas de los ríos
 Soñolientas sacuden de sus alas,
 Al despertar, las diamantinas gotas
 Del rocío que cae sobre las flores
 Que rompen, al albor de la mañana,

Sus aromosos cálices que exhalan
 Dulce fragancia en toda la campiña:
 Se tienden los azules horizontes
 Transparentes y limpios, descubriendo
 Entre fajas violadas á la aurora
 Que alumbra la extensión del firmamento
 Que un pabellón semeja recamado
 Con ráfagas de azul, de nácar y oro.
 Sesenta horas pasaron desde aquella
 En que del invasor las avanzadas
 Amenazaron á los fuertes muros
 De la invicta ciudad de Zaragoza;
 Han pasado dos días y una noche,
 Y el francés aguerrido no se atreve
 A asaltar las murallas; se prepara
 A cercar la ciudad con sus valientes
 Y arrojados zuavos, aguerridos,
 Que sólo con su nombre estremecían
 Los pueblos y las ínclitas ciudades.
 Luego que ya la luz de la mañana
 Inundó las campiñas, sus columnas
 Comenzó á organizar el enemigo,
 Destacando de Oriente en las llanuras
 Una fuerte columna de guerreros
 Diestros y cautelosos, que dirigen
 Sus trenes y sus carros abundantes
 Al Sur de la ciudad, mientras al Norte
 Numerosas legiones se adelantan
 Conduciendo su gruesa artillería.
 Se ordena la batalla formidable;
 La vanguardia, que rápida se avanza,
 La forman ordenados tiradores
 Que cruzan las barrancas y los llanos,
 Siguiendo en dirección al Occidente

Gruesas columnas, carros y cañones:
 Y luego los caballos agarenos
 En que su orgullo ostentan los soldados
 Al dejarlos correr en la llanura,
 Dando al viento sus crines vagarosas.
 Al cruzar las columnas de Occidente
 Rápidas como el rayo impetuoso,
 Estalla nuestra fuerte artillería
 Cuyo fragor temblar hace la tierra
 Y estremece las cumbres de los montes.
 Globos de humo se elevan, y vibrando
 Como el veloz relámpago, la bala
 Rápida como el rayo llega y abre
 Una brecha de hombres que sucumben.
 Listo Ortega en la cumbre de Loreto.
 Observa los iguales movimientos
 Del enemigo que veloz camina
 Por sus flancos, y sigue rodeando
 La ciudad que cerrar quiere en su círculo.
 De Totimehuacán en la llanura
 A la vez se levanta un torbellino
 De polvo que á lo lejos se divisa,
 Denso, tendido y caminando rápido:
 Son los traidores pérfidos que guían
 Al enemigo, y con veloz carrera
 En briosos caballos se adelantan:
 Al punto O'Horán intrépido al combate
 Acude al eco de la voz del jefe,
 Mientras marchando siguen las columnas
 Formando al Occidente su batalla.
 De Totimehuacán en las campiñas
 Se encuentran nuestras armas con el galo
 Que se repliega á sus lejanas tiendas:
 Ya el sol al Occidente declinaba

Y la luz vespertina las llanuras
 Dejaba ver tan límpidas y claras,
 Que sólo con la vista se veían
 Del enemigo múltiples los trenes:
 De improviso en el llano se presenta
 Un grupo de traidores que se avanza:
 Se ve nuestra gentil caballería,
 Y hace alto en la llanura, desprendiendo
 Tiradores al frente, y por los flancos
 Ordena su columna de batalla:
 El arrojado O'Horán alista presto
 Sus movimientos, y de lejos mírase
 Prepararse impetuoso al golpe rudo;
 Y así como en las fiestas y torneos
 Se disponen los bravos adalides,
 Y un momento fijando sus miradas
 Contemplan sus bridones, sus aceros,
 El temple de sus limpias armaduras,
 Para asestar el golpe más seguro;
 Y ya que en los estribos se fijaban
 Rápidos como el rayo arremetían;
 Así las alas de las dos legiones
 Se paran un momento, se contemplan,
 Observan sus corceles, y á la seña
 De sus jefes, se arrojan esforzados.
 Se oye un silbido prolongado, horrible,
 El silbido del rifle que resuena
 En el campo y los cerros; se duplica,
 Se multiplica el fuego; sólo se oye
 Un lejano rumor de mil acentos,
 De mil voces opuestas: ambas alas
 Se acercan, se repliegan, retroceden,
 Se arrojan otra vez enfurecidas;
 El polvo las confunde..... los traidores

Vacilan, debilitan los esfuerzos
 Del fuego, y luego empuñan obstinados
 Las lanzas, entre el humo que los cubre
 Y se extiende por toda la llanura.
 Observa O'Horán el movimiento y manda
 Que se arrojen violentos lanza en ristre,
 Validos de las densas humaredas:
 El giro de las rojas banderolas
 Desconcierta la vista del contrario,
 Que no prepara el golpe que le arroja
 Del caballo á la tierra en sangre tinto,
 Mientras el animal huye espantado
 O cae también al golpe furibundo
 Que el mexicano cazador le asesta.

Un momento cansados se detienen,
 Medir queriendo el miedo los traidores,
 El brío comparando de los bravos
 Hijos de libertad: son numerosos
 Los traidores, briosos sus caballos
 Espuma arrojan al tascar el freno,
 Pero ceden por fin al fuerte empuje
 De los zaragozanos escuadrones:
 Quieren de nuevo arremeter osados,
 Y al distinguir á O'Horán, el traidor jefe
 Vuelve la espalda y los soldados huyen:
 Los persiguen los nuestros, mas al punto
 Una columna gala se desprende,
 Y el puñado de héroes mexicanos,
 Al paso de sus bélicos bridones,
 Se repliega otra vez al campamento
 En medio de cadáveres contrarios,
 Y trayendo traidores prisioneros
 Que de rodillas el perdón imploran
 Y que el valiente vencedor concede.